

## IV. Proyectar

Si te instalaras a verificar con tus propios ojos el retroceso glaciar provocado por el cambio climático, la experiencia sería decepcionante. Si te sentaras expectante frente a la lengua de hielo con cámara de fotos y paquete de cabritas, sucumbirías en breve al tedio. Transcurridos varios días de observación, casi con seguridad, no serías testigo de cambio relevante alguno. Y, sin embargo, hay consenso científico respecto a que la actual tasa de pérdida no tiene precedentes en el registro geológico. ¿Quién yerra? ¿Quién experimenta con sus propios sentidos o el ratón de laboratorio?

La respuesta es obvia: la velocidad de retroceso sí es inédita, solo que incluso esa velocidad resulta cansina para la escala temporal humana. Algo parecido ocurre con la prosperidad material. Lo conseguido en estos últimos 35 años es sencillamente espectacular, como sea que se lo mida. Nunca en nuestros más de dos siglos de vida independiente habíamos pulverizado la pobreza a apenas un octavo en 27 años. No son muchas las sociedades que lo han hecho aún mejor. Japón entre 1960 y 1990. Corea del Sur en el último medio siglo. Singapur, Irlanda, Estonia y Taiwán saltan también a la vista. Pero, como con el retroceso de los glaciares, incluso este progreso se siente insuficiente para quien no llega a fin de mes. Sí, jibarizamos la pobreza de 68% a 8,6%, pero 8,6% son 1,6 millones de personas, y detrás hay 1,6 millones de testimonios estremecedores. Nunca habíamos avanzado tanto, pero de todas formas podríamos saturar los matinales con mil y un dramas humanos cada día.

La pregunta es: ¿hay realmente un menú de fórmulas disponibles en la vitrina internacional de políticas públicas que nos permitiría avanzar mucho más rápido de lo que lo hemos hecho? ¿Está sobre la mesa una opción de rediseño que nos permita evolucionar desde el progreso incremental de los últimos 35 años a un salto discreto? ¿Optaron Japón, Corea del Sur, Singapur, Irlanda, Estonia o Taiwán por modelos en esencia diferentes?

Si la nuestra fuera una comunidad homogéneamente pobre es posible que la resignación se antepondría al rencor. Si mirásemos a nuestro alrededor y viéramos en los otros espejos de nuestra propia miseria, quizás primaría la convicción de que la vida es dura y no queda más que sudar laborando para cambiar nuestra suerte. No es el caso. Pertenecemos al triste club de las sociedades más desiguales del mundo. Nos explota en la cara cada vez que llega el momento de educarnos, de sanarnos, de transportarnos, de vivir. En un espacio humano así, es comprensible que muchos pierdan la paciencia con la estrategia de *agrandar* la torta, hasta ahora exitosa, pero de velocidad insuficiente, y se vuelquen a las calles a clamar por su *redistribución*. Es infinitamente más sexy convocar a una revolución que a otro par de décadas de gradualidad.

Sería contumaz negar que hay más que un germen de verdad en estas pulsiones. Si bien una redistribución radical —una vía que ya intentamos a inicios de los 70— provocaría una estampida

que perjudicaría sobre todo a quienes más queremos ayudar, en el extremo contrario es de verdad muy difícil sostener que hemos hecho todo lo posible para repartir mejor los frutos del trabajo.

Pero esta crisis no es solo material. Es en gran medida simbólica. Y esto son buenas noticias, porque las opciones para diseñar soluciones son más inmediatas. No hay con qué ropa resolver de una buena vez las pensiones de millones de jubilados, porque es el tipo de procesos que, como el devenir de los glaciares, necesariamente requiere de lapsos incompatibles con la paciencia humana para apreciar cambios sustanciales. Por el contrario, esas uñas en el pizarrón social que configuran las colusiones, los sueldos parlamentarios o las sanciones a delitos de cuello y corbata, ofrecen oportunidades de sanación a solo un par de proyectos de ley de distancia.

Nos aprontamos a vivir un 2020 memorable. Las decisiones constitucionales ofrecen potencial para redibujar buena parte de lo que llamamos Chile. Así como en el colegio muchos estudiamos nuestra historia hasta el 11 de septiembre de 1973, los libros de historia del futuro cerrarán un capítulo y comenzarán otro el 18 de octubre de 2019. Es responsabilidad de todos que sea para mejor.